

EL CEMENTERIO MUNICIPAL DE LUGO

Una de las cosas más características del género humano es la memoria, que en las personas no es sólo una capacidad innata propia de nuestra configuración cerebral, sino algo que cultivamos como hecho social y cultural, más allá del que serían las meras necesidades vitales. Y uno de los aspectos fundamentales de la memoria es el recuerdo de nuestros muertos, que con formas muy diferentes existe y existió en todas las culturas desde los albores de la Humanidad.

La memoria profunda está en el espíritu, pero necesita también de apoyos físicos, de referencias para perpetuarse: a cuyo objeto no podemos renunciar a la tumba, al columbario, al monumento funerario grande o pequeño, a la lápida dedicada a nuestros padres, a nuestros amigos, a nuestra gente. A cuyo objeto, a un lado de las ciudades de los vivos levantamos esas ciudades de los muertos que son los cementerios, donde nuestros seres queridos descansan y continúan presentes. Y no piensen que llamarle a un cementerio "ciudad de los muertos" es una invención poética moderna, pues eso es exactamente lo que significa la palabra de origen griego necrópolis, *necro-polis*.

Es justo que reflexionemos sobre este hecho, que es uno de los fundamentos de la condición humana. Con este objetivo nuestro Ayuntamiento publica esta pequeña aproximación histórica a los cementerios de Lugo. Y yo quiero aprovechar esta página para llamar la atención sobre una cosa: siendo el gallego a lengua propia de Galicia, esta hermosa lengua en que todos nos reconocemos, tiene aún hoy una presencia muy escasa en los diversos aspectos de las honras fúnebres. Por eso (y lo digo desde lo absoluto respeto a la libertad personal de cada uno) considero que sería muy deseable que tomásemos conciencia de este hecho y que nuestro cementerio acogiera en el futuro un número cada vez mayor de lápidas e inscripciones en nuestra lengua, una lengua que en tantos casos nos sirvió para amar a nuestros

seres queridos, y que cuando dejan de estar físicamente con nosotros nos sigue sirviendo para recordarlos de palabra y de pensamiento.

José López Orozco
Alcalde de Lugo

El Cementerio Municipal de Lugo es para nosotros una cosa inseparable de la ciudad, donde descansan los que ya no podemos ver con nuestros ojos ni tocar con nuestras manos, pero que continúan formando parte de cada uno y cada una de nosotros como individuos, y por lo tanto, del Lugo ideal, del Lugo que no es sólo un lugar físico, sino también una memoria colectiva y un espacio histórico en el que nos reconocemos.

En los últimos años, la especial preocupación del Ayuntamiento lo por nuestro Cementerio Municipal ha dado ya importantes frutos, que no sólo consisten en las importantes obras de ampliación, sino también en el gran avance que se produjo en su aspecto, tanto por los trabajos de mantenimiento y restauración como por la construcción de espacios como el Jardín de los Recuerdos o la instalación de elementos menores que contribuyen a la belleza del conjunto.

Sobra decir que el Cementerio Municipal de Lugo es, por definición, cosa propia de Lugo, de las personas de Lugo. Pero también hay que reconocer que las ciudades (y especialmente la nuestra) en cierto modo no son sólo de quien las habita, pues forman también parte del patrimonio cultural y histórico de un país, e incluso (sobre todo en nuestro caso) del mundo entero. Y tal vez la visión de una ciudad no está completa de todo sin la contemplación de su cementerio. En muchas ciudades de Europa y del mundo, los cementerios son lugares de visita casi obligada para los viajeros: el Père Lachaise de París, lo de la Chacarita de Buenos Aires, donde reposan tantos gallegos...

Sería ilógico sostener que el Cementerio Municipal de San Froilán tenga la importancia de esas grandes necrópolis. Pero nuestra familiaridad con él tampoco nos debe llevar a considerarlo un cementerio vulgar. Su armoniosa distribución, el lugar en que está, la belleza de muchas de sus tumbas, panteones y monumentos funerarios -buena parte de ellos trasladados desde el viejo cementerio municipal de Magoi-

hacen que el cementerio lucense tenga un considerable interés, en primer lugar para nosotros, pero también para nuestros visitantes.

Por eso es por lo que el Gobierno Local, y esta Concejala en particular, tienen la intención de potenciar lo que se llama a veces "turismo de cementerio", cada vez más importante en Europa. Pero somos muy conscientes de la dificultad y complejidad de este objetivo, que requerirá mucho entusiasmo y mucho trabajo de muchas personas, y además una cosa fundamental: que la ciudadanía lucense tenga una estima cada vez mayor por su necrópolis.

Esta publicación que ahora presentamos, dentro de las actividades que se celebran alrededor del Día de los Difuntos, tiene como objetivo principal que se conozca un poco mejor el Cementerio Municipal de San Froilán, pero también la historia de los enterramientos en Lugo desde los tiempos de nuestros más antiguos ancestros. De cara al futuro, lo que deseo y pido es la colaboración de todos en una cosa tan importante como la dignificación de nuestro cementerio general, que a todos pertenece sin distinción de origen ni credo.

Luisa Zarzuela González
Concejala de Servicios Generales

LOS CEMENTERIOS DE LUGO

Una brevísima historia

«El cementerio y capilla de las Ánimas, que se inauguró en 1288, estaba situado en el interior del recinto amurallado, en unos terrenos próximos a la Puerta Falsa, donde estuvo el chalet y jardín de la familia Cobreros, en la Plaza de Ferrol y donde actualmente se construye un nuevo y amplio edificio destinado a la institución del Instituto Nacional de Previsión.

Antes de haber este cementerio, ¿dónde enterraban? O en la Catedral o en otro cementerio desconocido. Al inaugurarse este minúsculo cementerio la villa era también reducida, y para pequeña villa poco cementerio es necesario. Pero ¿y antes? ¿Qué hacían con sus muertos los celtas, los romanos y tantos otros que ocuparon Lugo?»

Esto escribía por el año 1951 el boticario, historiador y fotógrafo Salvador Castro S. Freire en su libro *Lugo y sus hombres. Ensayo de síntesis histórica*, publicado por la Imprenta Celta con el patrocinio del Colegio Oficial de Farmacéuticos de la provincia. Es un libro muy interesante y útil, aunque a veces un poco novelesco, y no siempre fiable en cuanto a las fechas ni riguroso en cuanto a las interpretaciones. El autor, que Ánxel Fole cita cómo gran conversador en la tertulia de su farmacia de la calle de Sano Pedro, confiaba algo más en la memoria y no siempre consultaba los papeles que había ido juntando al largo de su vida de curioso compulsivo.

LA LARGA PREHISTORIA

Contestando a la pregunta retórica de don Salvador, lo que hacían con sus muertos los romanos, o los lucenses del tiempo del Imperio Romano, se sabe hoy bastante bien. De los enterramientos de los «celtas», que es cómo Castro Freire les llamaba a los gallegos o galaicos del tiempo de los castros, se sigue sabiendo muy poco por falta y fuentes históricas escritas

y de restos arqueológicos. Por el contrario, también se sabe muy bien como se enterraban nuestros ancestros del tiempo de las mámoas, a pesar de su antigüedad mucho mayor. A veces se dice, y con razón, algo parecido a esto: «de los habitantes de la Galicia megalítica se sabe bastante bien como morían, pero bastante poco de cómo vivían; de los castreños se sabe muy bien como vivían, pero casi nada de cómo morían».

Efectivamente, los restos arqueológicos asociados a la vivienda en la época megalítica son bien pocos, mientras que son abundantísimos los enterramientos: las mámoas o medorras, esas pequeñas montañas artificiales que albergan las grandes cámaras funerarias que, cuando están descubiertas, llamamos antas o dolmens. Aquellos remotos ancestros nuestros practicaban la inhumación de los cadáveres, y le daban una gran importancia a los rituales funerarios y a sus «cementorios», situados en lugares estratégicos relacionados con las vías de itinerancia estacional, pues probablemente servían como referencia simbólica de unas comunidades de costumbres y economía nómadas, pastores y agricultores de desbroce y quema. Y a pesar de las innumerables profanaciones de mámoas que hubo por parte de buscadores de tesoros, estos grandes túmulos siguen siendo referencias en el paisaje. E incluso la mayor parte de lo que se sabe de la vida cotidiana de aquellos pueblos es gracias a los menajes de objetos de uso diario encontrados en sus tumbas.

Un dolmen como el de Dombate forma hoy parte del imaginario colectivo gallego gracias al poema de Pondal; pero hay muchísimos dolmens e innumerables mámoas en toda Galicia. En el territorio del ayuntamiento de Lugo puede verse la cámara descubierta de un dolmen en Santa María Magdalena de Adai, y gran número de mámoas, sobre todo en el Valle del Mera (San Matías, Santa María Alta, Veral, Orbazai, Adai). También quedan restos de mámoas en Carballido y en Gondar, en el llamado Alto de la Medorra. Su distribución parece definir una antiquísima vía neolítica que aún sigue de alguna manera

en uso, pues coincide aproximadamente con el Camino Primitivo de peregrinación a Santiago. El megalítico de las tierras lucenses está entro de la datación general del megalítico gallego, que va más o menos del año 3200 al 1800 la.C.

Menos abundantes son los restos funerarios de la Edad del Bronce, pero aun así son suficientes para saber que los enterramientos, aunque en cierto modo sean una evolución de las costumbres anteriores, pierden su sentido colectivo y se hacen menos monumentales. Un ejemplo importante de estos enterramientos es la llamada cista de Atios, descubierta y estudiada por Xosé María Álvarez Blázquez, el arqueólogo y escritor a quien este año le dedicamos el Día de las Letras Gallegas. En la Edad del Bronce la sociedad se va volviendo más sedentaria, aunque las relaciones comerciales de amplio radio eran mucho más intensas. Es precisamente en el período del Bronce Final (de los 1000 a los 500 años la.C.) cuando comienza en el que actualmente es Galicia y el norte de Portugal la civilización castreña.

Por el contrario, no se conoce ningún enterramiento asociado la ninguno de los millares de castros gallegos en la Edad del Hierro, es decir, de los cinco siglos anteriores a la conquista romana. Se cree, simplemente, que los gallegos castreños practicaban tanto la inhumación como la incineración. Hay que tener en cuenta que el suelo gallego es muy ácido, y que debido a eso los restos orgánicos son descompuestos y absorbidos bastante rápidamente por la tierra.

LOS CEMENTERIOS ROMANOS

En la época de la romanización los castros siguieron existiendo, y algunos incluso crecieron, como fue el caso del de Viladonga. Pero en esta época, de la que sí se conservan algunos enterramientos asociados con esas aldeas fortificadas, la civilización y el modo de vida romana ya eran hegemónicos. Los ritos funerarios romanos se fueron imponiendo, junto con la

adaptación o asimilación de los dioses indígenas a las divinidades clásicas: Verore se identifica con Júpiter, el latín sustituye paulatinamente la antigua lengua, y los galaicos - sobre todo los ricos- empiezan a imitar las costumbres de los conquistadores tanto en la vida como en la muerte. Las ciudades romanas eran poderosos centros económicos y culturales, y Lucus Augusti, capital de convento jurídico, era una importante ciudad provincial.

De la época romana hay restos arqueológicos de gran belleza e importancia histórica, como son las astillas funerarias. Una de las más grandes y hermosas de toda Galicia es la de Creciente, así llamada por el lugar en que apareció, en la parroquia de Mera. Este tipo de monumento funerario era propio de familias bien acomodadas, y la astilla de Creciente lleva una inscripción latina que, traducida, dice así: «Aquí yace Apana, hija de Ambolo, céltica supertamárica, de Miobre, que murió a los 25 años. Su hermano Apano mandó hacer [este monumento]». Era, pues, de una familia celta indígena.

Recordaremos aquí que en los tiempos más antiguos - cuando Roma era sólo una más entre las ciudades de Italia y aún tenía reyes- los romanos practicaban tanto la inhumación como la incineración, pero esta se fue imponiendo a partir de los primeros tiempos de la República, que se instauró en el año 509 antes de Cristo. Es decir, que cuando los romanos fundaron nuestra ciudad ya llevaban cerca de cinco siglos incinerando sistemáticamente sus difuntos.

En lo que se refiere a la propia ciudad de Lugo, sus necrópolis romanas muestran que a lo largo de los siglos del Imperio las costumbres funerarias también fueron cambiando. El primero de estos cementerios estaba por donde hoy es la Plaza de Ferrol, que entonces quedaba fuera del territorio propiamente urbano. Esto era un imperativo legal riguroso, pues la ley romana prohibía los enterramientos en lugar habitado, y la costumbre hacía que estuviesen dispuestos

al lado de los caminos, cosa que en este caso también se cumplía, pues por allí pasaba una vía que tal vez fuera la que llevaba a Lucus Asturum, donde hoy es Lugo de Llanera.

La necrópolis de la Plaza de Ferrol, estudiada por los arqueólogos cuando se hicieron los aparcamientos subterráneos, fue exclusivamente de incineración. Cuando en el siglo III d.C. se construyó la muralla, aquellos terrenos quedaron dentro de la ciudad, y naturalmente ya no se podían utilizar para enterramientos. Pero en aquellos momentos ya llevaba funcionando mucho tiempo otro cementerio, situado donde hoy es San Roque.

La necrópolis de San Roque, que duró desde el siglo I incluso el VI o VII d. C., tiene mucho interés porque en ella se hicieron tanto enterramientos de incineración como de inhumación. Como es bien sabido, el cristianismo impuso totalmente el enterramiento a la inhumación, pero las tumbas de inhumación del cementerio de San Roque no son cristianas, incluso siendo del siglo IV avanzado, pues tienen menaje funerario, y el rito cristiano no permitía la práctica de enterrar los muertos con objetos de uso cotidiano. No se sabe muy bien como se reintrodujeron los ritos de inhumación en el mundo romano aún pagano, pero es muy posible que tengan que ver con el auge de las religiones de origen oriental como el culto de Mitra, practicado y difundido sobre todo por los soldados.

En el Centro Arqueológico de San Roque, construido sobre una parte de los restos encontrados allí, se pueden ver entre otras cosas muy interesantes dos tumbas de inhumación. Durante las excavaciones, los arqueólogos estudiaron en total cuarenta tumbas de inhumación y cuatro de incineración, estas más antiguas, pues en algún caso aparecían cortadas por las de inhumación. Como sucede en todos los cementerios que duran mucho tiempo, el mismo espacio era aprovechado más de una vez, haciendo los nuevos enterramientos sobre los de difuntos ya olvidados, cortándolos o destruyéndolos...

En Lugo hay también otros vestigios y restos funerarios romanos, entre ellos los de otra necrópolis de incineración altoimperial en el Carril de las Estantigas, asociado a la vía que llevaba á Brigantium, lo cual, como lo de la Plaza de Ferrol, dejó de usarse al quedar dentro de la joven muralla.

LA EDAD MEDIA Y EL ANTIGUO RÉGIMEN

Los más antiguos restos arqueológicos que de un enterramiento claramente cristiano aparecieron hasta ahora en nuestra ciudad estaban en el que es hoy la calle de la Reina. Se trata de una tumba del siglo V o VI, y se sabe que es cristiano porque en ella había una sortija con un *crismón* o anagrama de Cristo, que consiste en las letras griegas X (*khi*, equivalente a k) y P (*rho*, equivalente a r) enlazadas. Y en las excavaciones que se hicieron junto al Rectorado de la Universidad aparecieron también restos de una necrópolis cristiana medieval -justo encima de los del templo de Mitra-, pero no sabemos de qué época son dentro de la larga Edad Media, pues los resultados de esta investigación no fueron publicados aún. Otra reciente investigación, esta en las Saamasas, descubrió entre otros interesantes restos de una tumba antropomorfa excavada en la roca, probablemente de la época sueva.

Hacia el final del Imperio, el cristianismo se había convertido en religión oficial del estado. Entonces, los usos funerarios cristianos, basados en la creencia de la resurrección de la carne, se impusieron universalmente, y los enterramientos pasaron a estar bajo el control eclesiástico. Según se constituían las parroquias y se construían sus iglesias, los muertos se enterraban dentro de ellas, a pesar de las disposiciones en contra, y alrededor cuando el espacio escaseaba. En la Edad Media, época de absoluto predominio de la población rural, se puede hablar de una tendencia general a que las tumbas comunes estuvieran a un lado de la iglesia, reservándose su interior más bien para enterramientos

privilegiados, de eclesiásticos o de familias pudientes. En lo que se refiere a nuestra tierra, el II Concilio Bracarense, celebrado en el año 572, en los tiempos del reino suevo de Galicia, prohibía expresamente convertir el interior de los templos en cementerio, pero ya se sabe que una cosa son las normas y otra su cumplimiento.

Estas costumbres funerarias, en realidad, abarcan mucho más que la propia Edad Media, pues continúan durante toda la Moderna, y algunas cosas llegan hasta hoy incluso: buena parte de las iglesias parroquiales de Galicia tienen aún sus cementerios alrededor, e incluso el enterramiento privilegiado dentro de los templos continúa en ciertos casos: como por ejemplo el obispo de Lugo recién fallecido, el buen Frei Xosé, fue enterrado en el interior de la Catedral, en el suelo de la capilla de San Froilán, bajo un epitafio en bronce que dice: IOSEPH H GOMEZ GONZALEZ OFM / PER ANNOS XXVII DIOCESI LUCENSI PRAEFUIT / PAUPERUM LEVAMEN CLERO AMABILIS POPULO CARUS / VITA IN DOMINO FUNCTUS EST DIE VIII IAN MMVIII / VIVAT CUM SANCTIS IN aeternum [Xosé H. Gómez González, franciscano, / estuvo al frente de la diócesis de Lugo 27 años. / Fue alivio de los pobres, amable para el clero y amado por el pueblo. / Murió en el Señor el día 8 de enero del 2008. / Viva con los santos para siempre jamás.]

Y no sólo los obispos disfrutaban de ese privilegio: en la ala sur del claustro de la Catedral sigue funcionando, desde su restitución en 1944, el «COEMENTERIUM CAPITULARE... SEPELIENDIS CANONICIS AC BENEFICIARIIS HUIUS ECCLESIAE», es decir, «cementerio capitular para sepultar los canónigos y beneficiarios de esta iglesia». Y en la parroquia de San Pedro, además de tres sartegos de la época en que pertenecía al convento franciscano, también hay un enterramiento recentísimo de personas particulares, dos señoras de una importante familia de Lugo fallecidas en 1963 y 1995.

Algunas de estas tumbas tienen un gran interés artístico. Las que están encachadas en las paredes, consistentes en grandes sartegos pétreos sobranceados por bóvedas de arco de profundidad limitada por el espesor del muro, reciben el nombre de «arcosolios», y a veces son verdaderas obras maestras de la escultura. En Lugo tenemos varios ejemplos singulares de diversas épocas, pero sobre todo del final de la Edad Media, tanto en las iglesias de Santo Domingo y San Pedro como en la Catedral, donde aún se encuentran sepulcros de importantes familias fidalgas, como los Gaioso, los Leemos y los Sangro, además del antiquísimo y famoso sartego llamado de Santa Froila. Uno de los más interesantes es un arcosolio gótico de gran calidad escultórica que hay en la iglesia de Santo Domingos, con una estatua yacente «DEL MOY FIRME BALENTE LEAL CABALLERO FERNÁN DÍAS DE RIBADENEYRA QUE FALLECIÓ ENO AÑO DE MCCCCX», según reza la inscripción que, como era normal en aquel tiempo, estaba en lengua gallega.

Estos vestigios antiguos tan visibles, son, naturalmente, de gente rica y poderosa, laicos o eclesiásticos. Con la gente común las cosas son diferentes, pues como eran humildemente enterrados alrededor de las iglesias -o dentro, pero sin ningún monumento singular que individualizase las tumbas-, hoy sus restos ya no existen, o no se pueden diferenciar, o están ocultos bajo el asfalto y los edificios de la ciudad actual.

Como es bien sabido, durante la Edad Media y la mayor parte de la Moderna, Lugo fue una ciudad muy ruralizada, con una población muy poco numerosa, e incluso con actividades agrícolas dentro de murallas. Aún en el siglo XVIII, una gran parte de los enterramientos, incluso los del pueblo común, se realizaban dentro de los templos, nombradamente en la Catedral, en las iglesias de los franciscanos y los dominicanos, en las capillas de la Virgen del Camino (donde hoy está la del Carme), de San Marcos (donde hoy está la Diputación), de San

Xoán de Deus (que pertenecía al hospital del mismo nombre y actualmente es la parroquial de San Froilán), en la de San Pedro Extramuros, hoy desaparecida, en San Lázaro del Puente, que era hospital también... Y había asimismo pequeños cementerios, por lo regular reservados a los más pobres de los pobres, a un lado de algunas de estas iglesias y hospitales. Uno de ellos, el anexo a la Catedral, llevaba el sarcástico nombre de «Carnicería». Porque ser enterrado en la Catedral no era precisamente de balde, sino que costaba dinero, más o menos segundo el lugar de la tumba: desde 15 reales hasta cuatro ducados (44 reales), segundo una acta capitular de 1721.

En definitiva, todas las iglesias lucenses, parroquiales o monacales, acogían dentro o en su adrio -en el *sagrado*- los cadáveres de sus fieles y feligreses, que en principio eran todos los habitantes de una ciudad en la que el cristianismo era la religión oficial y prácticamente única. Es posible que la comunidad judía que hubo en Lugo en la Edad Media -seguramente muy pequeña- tuviera su cementerio particular, pero de él nada sabemos. Si alguien de otra religión, o un excomulgado o un suicida, moría en Lugo -duele decirlo, pero las cosas eran normalmente así- era enterrado casi como un animal: *fuera del sagrado*, que es cómo de aquella se llamaban popularmente los adrios-cementerios: «Eno sagrado, en Vigo / bailava cuerpo velido», dice la famosa cantiga de amigo de Martín Codax. Porque digámoslo de camino: en la sociedad tradicional gallega no se consideraba ninguna falta de respeto pisar las tumbas, e incluso bailar sobre ellas, sino que en los adrios-cementerio se establecía una unión perfecta entre los muertos y los vivos, que compartían los mismos espacios, y era precisamente en esta unión en la que la parroquia se reconocía tanto en el dolor como en la alegría.

Los viejos cementerios de nuestra ciudad no tenían, con certeza, nada de particularmente urbano: cuevas abiertas en la tierra, cubiertas todo lo más con una sencilla lápida, como los cementerios de las aldeas que los más viejoss recordamos,

antes de generalizarse los panteones o nichos modernos. Los que son más jóvenes también lo pueden ver por sí mismos, pues cerca de Lugo quedan algunos cementerios que, a pesar de algunas modificaciones, aun se conservan muy semejantes a los antiguos. Uno de los más interesantes del entorno, e incluso de toda Galicia, es el que está alrededor de la iglesia de Santa María del Mao, en el ayuntamiento del Incio, iglesia que por cierto tiene en su centro una tumba de mármol en la que según la leyenda está enterrado San Eufrasio, uno de los llamados Siete Varones Apostólicos.

HACIA EL CEMENTERIO MUNICIPAL DE MAGOI

Pero volvamos a Lugo. En la segunda mitad del siglo XVIII nuestra ciudad empezó a crecer de una manera acelerada. La causa principal de este crecimiento fue, con toda seguridad la institución de la feria anual de San Froilán a partir 1754, y la gran mejora para las relaciones comerciales que representó la nueva carretera de Madrid a la Coruña, acabada en 1773, con obras tan importantes como el puente de Cruzul, que permitieron una comunicación mucho más fluida con la Meseta. En 1752, Lugo tenía 3.300 habitantes, y en 1826 ya había alcanzado los 7.200.

También datan de esta época las primeras medidas legislativas estatales en materia de enterramientos. El crecimiento urbano general agudizaba los problemas, y Carlos III, preocupado sobre todo por las consecuencias de los enterramientos masivos durante las epidemias, dictó a partir de 1781 una disposición para restringir los enterramientos dentro de las iglesias y para construir cementerios «en sitios ventilados e inmediatos a las parroquias, y distantes de las casas de los vecinos», como dice una real cédula de 1787. Pero lo cierto es que esta real cédula debió ser escrita en papel mojado, pues durante muchos años no se cumplió en ninguna parte, y menos en Lugo.

Fue, con todo, el estado liberal que arranca de las Cortes de Cádiz el que legisló en pro de la modernización de los enterramientos conforme a las nuevas ideas sobre la higiene, y también, aunque más tímidamente, en pro de la extensión del derecho a un enterramiento honorable a las personas no vinculadas con la religión dominante.

El problema de los enterramientos en Lugo debía ser muy agudo ya en los primeros años del siglo XIX, y hay abundantes rastros documentales de esta preocupación, así como de las medidas que se tomaron para eliminar los enterramientos generales dentro de las iglesias, que en algunos casos se siguieron realizando hasta 1835. Es justamente este el año que marca el inicio de la gran «revolución» liberal que representó la Desamortización de Mendizábal.

Los difuntos de la ciudad creciente, además de los cementerios de Sano Xoán de Deus o de San Marcos, se enterraban en otro que hubo que hacer en una huerta de Recatelo, junto a desaparecida iglesia de la Magdalena, y también en el del Hospicio Provincial, en San Fiz, donde después fue el Cuartel de las Mercedes y donde ahora está el Conservatorio de Música y Danza.

Pero la solución definitiva se fue aplazando, y sólo a mediados de siglo se empezaron a tomar las disposiciones para resolver el problema mediante la creación de un Cementerio Municipal único para servir una ciudad de población ya bastante considerable. El Ayuntamiento adquirió unos terrenos en Magoi, que entonces era una zona completamente rural, justo por donde hoy se encuentra el Gran Hotel. El proyecto de construcción es de 1854, y el cementerio se inauguró en 1858; los trabajos fueron dirigidos por el maestro de obras municipal Juan Armesto, que diseñó para él una portada de estilo clasicista. Dicho sea de camino, de este Juan Armesto nos quedó otra obra muy característica y bien conocida por todos

los lucenses: el pórtico actual de la capilla de San Roque, proyectado en 1854.

El cementerio de Magoi tenía una superficie aproximada de una hectárea, y en él se enterraron los difuntos de Lugo durante noventa años, excepto el pequeño número de clérigos capitulares que disfrutaba del privilegio, no permitido por todos los gobiernos, de enterramiento en la Catedral. En 1874 se trasladaron a él los restos de los cementerios de San Xoán de Deus\ y del Hospicio. Los huesos del cementerio de la Virgen del Camino, o del Carme, se echaron mucho más tarde en un osario común hecho allí junto el Arroyo de los Huertos. Los restos de los otros millares y millares de difuntos de casi dos milenios de vida urbana están aún, como ya dijimos, debajo de nosotros, bajo el pavimento de las iglesias o de las calles y plazas que hay sobre los antiguos adrios, o incluso mezclados con los cimientos de los edificios.

La comunicación de la vieja ciudad intra muros con su nuevocementerio tuvo que realizarse al principio por las puertas de San Pedro y de Santiago, sobre todo por esta última. En 1888 se abriría la puerta de la Cárcel, que ya era más apropiada, y finalmente, en 1894, la del Obispo Aguirre. En la calle del Obispo Aguirre se concentró una industria muy relacionada con los cementerios: las marmolerías, que seguían estando allí aún bastante después de desaparecido lo de Magoi.

Durante sus primeros tiempos, el cementerio general de Lugo, a pesar de ser municipal, fue únicamente católico, contradicción que por otra parte se mantenía en toda España. Hubo que esperar veinte años para que, sin dejar de ser católica la parte principal, se habilitara tan siquiera un rincón destinado a los muertos de otras confesiones o de ninguna, discriminados por una entrada diferente. Este cementerio civil sería, muchos años después, escenario de un acto conmovedor: a primera hora del Primero de Mayo de 1931, con la Segunda República acabada de proclamar, una comitiva multitudinaria

organizada por el Centro Obrero Lucense y las agrupaciones socialista y republicana se dirigió con bandas de música y coronas de flores al cementerio civil. Cinco años más tarde, las tapias del cementerio de Lugo serían paño de fondo de horribles crímenes entre cuyas víctimas estuvieron seguramente algunos de los participantes en aquel homenaje cívico.

EL CEMENTERIO DE SAN FROILÁN

Cuando se hizo el cementerio de Magoi, Lugo era una ciudad aún pequeña, casi toda ella dentro de las murallas. El censo de 1860 da una población de 21.298 habitantes en todo el Ayuntamiento, con solo 9.969 en el casco y en su radio, parte de él bastante rural. Fuera del recinto amurallado, la parte más urbana era, de aquella, la de los barrios de casas agrupadas que entonces ya empezaban a ser antiguos: el del Pájaro, el de Recatelo, el de San Roque. Y hay que recordar que los difuntos de las parroquias rurales se enterraban, como aún hoy sucede, en sus propios cementerios.

Pero la ciudad de Lugo, que desde principios del siglo XX crecía de una manera considerable, en la década de los cuarenta continuaba con su crecimiento a pesar de la dureza de los tiempos, y de los 10.733 habitantes urbanos que registraba el censo de 1900 pasaría a los 38.254 en 1950.

Esto quiere decir que el cementerio de Magoi había quedado pequeño. Por otra parte, el lugar donde se asentaba estaba claramente en una zona de expansión natural de la ciudad, que además sería la más codiciada por las capas sociales medias, debido entre otras cosas a la inmediata construcción del que entonces se llamaba «Ciudad Cultural», con los Institutos de Enseñanza Media masculino y femenino y la Escuela de Magisterio.

La necesidad de un nuevo cementerio se sentía, pues, como grande; el ayuntamiento adquirió los terrenos de las Arieiras, a unos cuatro kilómetros de las murallas, y en 1944 se planificó la nueva necrópolis.

Merece mención una curiosidad: en aquella zona había existido ya una necrópolis megalítica, y a pesar de las destrucciones de los milenios, aun hoy se encuentran cerca del cementerio municipal tres medorras o mámoas.

Pero estas cosas poco importaban en aquellos tiempos, muy poco respetuosos con el patrimonio histórico. Los trabajos se iniciaron sin ningún estudio arqueológico previo, aunque la acción municipal tampoco no debía brillar mucho por su diligencia, pues el popular personaje Pelúdez decía en *El Progreso* por el San Froilán de 1945:

«¿Yo morir? No tengas miedo, pues quien va a estrenar el nuevo cementerio he de ser yo, ¡y puedes echarle años al asunto!»

Esta inocente ironía era casi la máxima crítica que se podía hacer en aquellos años dictatoriales. Pero Pelúdez no tenía razón en sus previsiones, pues es bien sabido que él sigue aún vivo, y el nuevo cementerio municipal de San Froilán «se estrenó» algo menos de tres años después.

El Progreso de 4 de junio de 1948 anunciaba en titulares de primera página: «A partir del día 13 entrará en servicio el nuevo cementerio municipal. Es seis veces mayor que el actual y tiene una capacidad de once mil enterramientos».

La obra la había dirigido el arquitecto Ruperto Sánchez Núñez, pero él incluso declaraba en el periódico que el proyecto y el estudio previo, así como las líneas generales de la

distribución, procedían del que había sido arquitecto municipal Eloi Maqueira.

Este Eloi Maqueira Fernández está reconocido como uno de los principales representantes de la arquitectura racionalista en Galicia; había ganado la plaza de arquitecto municipal en 1927 y había muerto en 1944, a los 43 años de edad. Por cierto que aún estuvo a punto de morir más joven, en 1936, pues Maqueira, miembro del Seminario de Estudios Gallegos, era hombre de convicciones galleguistas y republicanas. Parece ser que se salvó por intervención personal del obispo de Lugo. Su estilo aún se percibe en el Cementerio Municipal, especialmente en el acceso y en la racionalidad esencial de su distribución.

El joven cementerio era, efectivamente, seis veces más grande que el de Magoi. Un kilómetro de muro cercaba una superficie de 61.000 metros cuadrados (el periódico dice, por error, 610.000). El coste de las obras ascendió a la cantidad de 2.024.000 pesetas. La inauguración oficial sería el 15 de junio de 1948, con toda la parafernalia de la época: «El prelado de la diócesis intervino en la ceremonia religiosa. Al acto asistieron autoridades, jerarquías y numeroso público». Eran tiempos oscuros, y los aspectos civiles de un cementerio público y municipal quedaban soterrados por una dura propaganda nacionalcatólica. En aquellos mismos días los periódicos publicaban extensamente una «instrucción» acordada por la conferencia de obispos metropolitanos españoles que, entre otras cosas, afirmaba: «Es esencial la intransigencia en la defensa de los dogmas católicos... La propaganda desarrollada por los protestantes en España es antilegal y ataca la unidad espiritual de la nación... Él número de españoles no católicos es insignificante...»

Aunque el viejo cementerio de Magoi ya no se utilizaba, siguió existiendo físicamente durante bastantes años, hasta que a finales de la década de los sesenta el imperativo

urbanístico hizo que su solar quedara debajo de una ciudad en expansión que ya lo tenía casi cercado. Además del obligado traslado de las restos, algunos de sus panteones y elementos arquitectónicos singulares fueron reinstalados en el nuevo cementerio de San Froilán, donde hoy se pueden admirar bellas muestras de la arquitectura funeraria de alrededor del 1900, entre las cuales destaca el monumento dedicado a los soldados repatriados de las guerras de Cuba y Filipinas. El estilo medievalizante que en Lugo se asocia sobre todo con el arquitecto Nemesio Cobreros (1846-1909) está muy bien representado en algunos lujosos panteones, entre ellos el neogótico que está junto a la entrada. Otro de ellos, precisamente firmado por Cobreros -que lo copió casi exactamente de un modelo francés-, es el mausoleo de Ramón García Abad, el famosísimo predicador y propagandista católico fallecido en 1887.

El trabajo de los marmolistas lucenses destaca no sólo en la elaboración esculturas según modelos en general estandarizados, sino también en el de las propias tumbas y lápidas, muchas de ellas auténticos modelos de elegancia y finura de ejecución. Una de las más bellas es la del músico Gustavo Freire, fallecido el 14 de septiembre de 1948, tres meses después de entrar en servicio el nuevo cementerio. Pero también hay buenos ejemplos de escultura y cantería en granito del país, material que en las últimas décadas sustituyó casi totalmente el mármol clásico.

Una de las características más salientables y agradables del cementerio de San Froilán es la sensación de espacio y amplitud que transmite. Esto se debe en primer lugar a que los panteones centrales son prácticamente todos de soterramiento, y también a la escasa altura de los panteones de nichos -limitados al contorno y a un grupo de seis filas dobles en la zona lateral izquierda- que sólo tienen tres tumbas sobrepuestas, y no cinco como es tan habitual en los cementerios rurales. Así es que prácticamente desde cualquier

punto del cementerio se divisa todo el panorama, sobresaliendo únicamente los árboles y las cruces y esculturas que coronan las tumbas, además de un cierto número de panteones exentos en forma de capilla.

Existía en el cementerio municipal de San Froilán, como en el anterior de Magoi, un rincón reservado a enterramientos no católicos, separado con un muro y con entrada diferente, como si los difuntos de otras religiones o de ninguna no tuvieran derecho a entrar por la puerta principal de la necrópolis que, como vecinos y ciudadanos, les correspondía.

Y aun había más: la parte católica estaba abierta a las visitas diarias de los familiares, pero la parte civil permanecía cerrada a todas horas. Cerrada oficialmente, pero no tan inaccesible como la barbarie y el rencor hubiesen querido. Aun hoy se recuerda un hecho conmovedor: en la construcción del cerramiento del cementerio civil trabajó un buen lucense, protestante evangélico, que dejó clandestinamente una puerta pequeña y muy baja disimulada en el muro, como una poterna de muralla; y por aquel boquete los no católicos -y es de suponer que también algunos amigos católicos- entraban agachados para visitar y honrar sus difuntos queridos. El muro separador y la triste discriminación que todo esto suponía desaparecieron a raíz de la reforma política que se produjo en España después de la muerte del Dictador, y ahora los enterramientos se hacen en toda la superficie sin establecer diferencias, suprimiendo el propio concepto de «cementerio civil», ya que todo él es un único cementerio público y municipal de Lugo.

Del año 1998 data la puesta an marcha la ampliación del cementerio de San Froilán, que ahora alcanza los 108.000 metros cuadrados, extensión realmente muy amplia, pues las 14.000 unidades de enterramiento en concesión no utilizan más que un tercio del terreno.

Además de esta ampliación, en los últimos años se realizaron importantes actuaciones y obras que mejoraron de una manera considerable el aspecto y las condiciones del Cementerio Municipal. Además de las labores de mantenimiento y restauración y del aumento de las tumbas clásicas, se ampliaron las propias posibilidades de enterramiento con la inauguración de los columbarios para guardar las cenizas, según demandaba la creciente presencia de la incineración, costumbre funeraria recuperada después de tantos siglos de prohibición práctica.

El Día de Difuntos del año 2006 se inauguró una hermosa obra en la zona de la ampliación: el Jardín de los Recuerdos, destinado a mejorar aún con el tiempo, conforme vayan creciendo los pequeños árboles que en él se plantaron. En la belleza suave y un poco melancólica, pero sin tristeza, de este jardín, destacan dos elementos: la fuente construida por los propios trabajadores del cementerio, y la preciosa escultura vítrea diseñada por el artista Xabier Froiz y realizada por la Vidrería Lara. Es una escultura alegre y llena de color, que quiere simbolizar la vida precisamente en el lugar donde enterramos nuestros difuntos.

Esto es también lo que sugiere el bello poema anónimo que nos recibe frente a la portada del Cementerio Municipal de San Froilán, grabado en una placa transparente sobre un grueso clavo de loseta de Buratai. Este sencillísimo monumento se inauguró el Día de Difuntos del 2007, con un concierto de música clásica que se celebró en ese año por primera vez, y que el Ayuntamiento de Lugo tiene la intención de institucionalizar:

.../...

*Puedes llorar porque se ha ido
o puedes sonreír porque ha vivido.*

*Puedes cerrar los ojos y rezar para que vuelva
o puedes abrirlos y ver todo lo que ha dejado..*

*Tu corazón puede sentirse vacío porque no la puedes ver
o puede estar lleno del amor que compartisteis.*

*Puedes llorar, cerrar la mente,
sentir el vacío y dar la espalda,
o puedes hacer lo que la ella le gustaría:
sonreír, abrir los ojos, amar y seguir.*